







# El Radical

## DIARIO REPUBLICANO

**Director: José Jesús García.**

**Oficinas y talleres: Reyes Católicos, 3.**

**TELÉFONO NÚM. 142.**

**Precios de suscripción:**

En Almería, un mes,	ptas.
Provincias, trimestre,	"
Extranjero, id.	"
Número suelto,	"
Idem atrasado,	"
Para revendedores, 25 ejemplares,	"

**Tarifa de anuncios:**

En 1.ª plana, línea, cuerpo 9,	ptas.
En 2.ª y 3.ª plana, id, id, id,	"
En 4.ª plana, id, id, id,	"

Noticias, reclamos y comunicados á precios convencionales.

### Pagos anticipados.

### Horas de oficina en las distintas dependencias.

**Dirección**  
De 4 á 6 trde.

**Redacción**  
De 3 á 7 tarde.

**Administración**  
De 8 á 12 m., y 3 á 7 t.

### PRECIOS DE LAS ESQUELAS DE DEFUNCIÓN Y DE ANIVERSARIO

	1.ª plana	2.ª id.	3.ª id.	4.ª id.
A una columna, ptas.	8'00	7'00	6'00	5'00
A dos id.	15'00	12'00	10'00	8'00
A tres id.	20'00	15'00	12'00	10'00

De mayor tamaño á precios convencionales, admitiéndose encargos durante todo el día y de 4 á 6 de la mañana. A los no suscriptores se les aumentará un 50 por 100.

Fuera de las horas de oficina de la Administración no se admiten anuncios ni reclamos.

Y cerró los ojos. Pero con los labios murmuraba todavía algunas ardientes palabras de amor. Su corazón oraba y lágrimas de alegría inundaban su rostro.

Después de algunos minutos puseme de rodillas con toda la familia para orar, pero no fui capaz de proferir una sola palabra. La idea de que dentro de un momento estaría muerta y de que yo era la causa de su muerte con mi ciega obediencia al crudo y salvaje fanatismo de mis teólogos, era como una rueda de molino atada á mi cuello y que me ahogaba.

¡Oh, si con mil muertes más hubiera podido prolongar un solo día la existencia de aquella niña, con cuanto alegría me hubiese prestado á morir por ella!

Después que en silencio hubimos orado y llorado junto á su cama, ella rogó á su madre y á todos los presentes que se retiraran y la dejasen sola conmigo.

Pensando que aquella era la última ocasión que tenía de exhortarla á acabar su confesión y recibir el perdón de sus pecados, puseme nuevamente de rodillas y la rogué venciéndose por fin la vergüenza que le impedía

momentos en que contemplamos juntos las llagas de que fuera cubierto el cuerpo de nuestro Salvador y la sangre que virtió por nosotros. Os bendigo por haberme perdonado vuestra muerte; porque, lo confieso, yo soy vuestro matador. Mas en este momento quisiera mil veces morir antes que decir ó hacer la menor cosa que pueda contristaros y turbar la paz de vuestra alma. Os lo suplico, decidme vos misma qué debo hacer en esta hora solemne.

Respondíome tranquilamente, y mientras me hablaba, una sonrisa inefable de contento animaba su rostro.

—Os bendigo y os doy las gracias me dijo— por la parábola del Hijo pródigo que predicarais hace un mes. Aquel día me hicisteis encontrar á mi Salvador y me condujisteis á sus pies. Y allí encontré una paz que ninguna palabra humana podría expresar. Me postré ante mi Padre misericordioso, á quien había ofendido, y él, lo sé, recibió en sus brazos y estrechó contra su corazón á su pobre y pródiga hija... ¡Me perdonó mis pecados! ¡Oh, veo los ángeles con las arpas de oro en derredor del trono

que estuviere mejor; pero nuestra esperanza no era sino una ilusión cruel: se me marcha á grandes pasos. ¡Por amor de Dios, no tardaréis en darme el Santo Viático y la Extremaunción!

—Sí, señora—le respondí—voy á prepararla para recibir los últimos refuerzos de la religión, pues veo que no tenemos ni un instante que perder; tened la bondad de dejarme solo con ella unos momentos.

—Querida amiga, deseo daros el Santo Viático y la Extremaunción. Pero ¿cómo administraros estos sacramentos contra las prescripciones de la Iglesia? ¿Puedo daros la santa comunión antes que hayáis recibido el perdón de vuestros pecados? ¿Y puedo daros la absolución y el perdón de vuestros pecados diciéndome que no os queréis confesar? Sabéis que os respeto cual si fueseis un ángel del cielo. Me habéis dicho que bendito el día en que me conocierais; y á mi vez bendigo el día que por primera vez experimenté la misericordia de Dios hacia vos; benditas todas las horas que pensé junto á vuestra cama, llorando por vuestros pecados y por los míos; benditos todos los

hacer una buena confesión, aduciendo los más poderosos motivos que encontrar podía para obligarla á confesarme cuanto había hecho.

Pero con calma y expresión de dignidad que parecían más del cielo que de la tierra volvió hacia mí la mirada y me dijo:

—¿Es cierto que cuando Adán y Eva hubieron pecado, Dios con sus propias manos hizo un traje para vestirlos é impedir que el uno para el otro fuesen motivo de vergüenza y escándalo?

—Sí—la respondí—eso es lo que la Sagrada Biblia nos cuenta.

—Entonces—añadió—¿por qué nuestros confesores osan despojarnos del divino manto del pudor? ¿Ya que Dios nos hizo ese traje de modestia, para que el hombre y la mujer en el estado de matrimonio no sean el uno para el otro motivo de vergüenza, ¿con qué derecho el sacerdote despoja de él á la mujer en el confesionario bajo pretexto de santificarla?

Me sorprendí y dejé estupefacto la bella y sublime sencillez de estas palabras.

Aun cuando aquello demoliese to-